

A vueltas con el amor

No hay matrimonios afortunados.

Ningún niño cree ya en las cigüeñas, pero sigue habiendo muchos adultos que creen en los matrimonios afortunados (...) entre la realidad de un nacimiento y el vuelo de las cigüeñas existe la misma relación que entre la suerte y el matrimonio: un abismo, afirma Marta Brancatisano en La Gran Aventura.

Y es que la fortuna ocupa un espacio pequeño en el amor matrimonial.

Lo que sí abunda es la falta de atrevimiento. Lo advierte Julián Marías: son muchos los que no se atreven a conseguir lo que desean, *pero hay una falta de atrevimiento más grave y radical: no atreverse a desear porque eso no tiene curso legal, no es lo que se desea.*

Parece mentira, pero es verdad: no atreverse a ser feliz *de verdad* es una huida muy propia de nuestros tiempos, y muchas veces tiene sus raíces en forma de ignorancia. Se quiere..., pero no se sabe o, a veces, no se puede, no se es capaz.

En cuestión de amor sólo hay un camino posible: arriesgarse a amar para siempre. Para ello hay que querer..., hay que saber... y hay que poder. No se puede lanzar uno a tontas y a locas, porque está en juego su propia felicidad y la de quienes forman y formarán su familia.

Probablemente, casi todo el mundo estará de acuerdo con la mayor parte de lo dicho hasta aquí. Un enamorado que no sueñe con amar para siempre, al menos el día de su boda, ni es enamorado ni es –cabalmente– hombre, en el sentido jasperiano de la expresión (“*el hombre es aquél que ha de llegar a serlo*”, y a uno que no ha soñado con amar para siempre le queda aún un trecho largo).

Sí, sí, todo esto está muy bien, pero ¿cómo amar para siempre?

Nadie pretenderá que en un artículo de revista se resuelva una de las luchas eternas de la humanidad, pero me parece que un buen principio es, sencillamente,

conocer el itinerario del amor, que no es poco porque con sólo llegar a amar de forma entera, cabal, se tiene ya mucho terreno recorrido.

Cada uno sabrá cómo nació y tomó cuerpo su amor, en este ámbito no es fácil generalizar, pero haciendo un esfuerzo de abstracción, y como los hombres no somos tan originales como nos pensamos, podríamos hablar, al menos, de las siguientes etapas: (i) *¡me gusta!* (ii) *qué bien se está con ella* (iii) *¡la quiero... y la querré!* (iv) *¡quiero y querré quererla!* Algunas exclamaciones brotan espontáneas y son fáciles de reconocer en nuestra propia vida biográfica..., pero otras no tanto. No importa, nunca es tarde para asomarse a las entrañas de amor.

Aunque quizás hablar de etapas no sea lo más adecuado, porque, de ordinario, las etapas se suceden unas a otras, se pasa por ellas y se abandonan para ir en pos de la siguiente. Y no; en cualquier historia de amor más que etapas hay capas; si no fuera por su resonancia geológica, habría que hablar de estratos; o acaso de círculos concéntricos; aunque quizás lo mejor será hablar de bienes, valores, perfecciones humanas que se superponen unas sobre las otras, de modo que las posteriores y normalmente más elevadas asumen y perfeccionan las anteriores, las envuelven y sostienen para que siempre conserven la frescura y la hondura que merece el amor humano.

Así, los primeros niveles del amor, la atracción física y el enamoramiento (*¡me gusta!* y *¡qué bien se está con ella!*), han de ser elevados hasta las cimas de la voluntad y la libertad (*¡la quiero y quiero quererla!*). Pero esto no todo el mundo lo entiende..., algunos ni siquiera lo atisban.

Hay personas que no pueden dejar de moverse torpemente en los dos primeros niveles del amor, incapaces de acceder al amor verdadero. Piensan que aman y sólo se aman. Buscan atolondradamente el amor y acaban topándose una y otra vez con ellos mismos, con su sed de autosatisfacción, de autorrealización. Es bueno realizarse, pero no a costa de los demás.

Y esto es lo que sucede a los falsos amantes, verdaderos exploradores de su propio deleite y complacencia, que acaban confundiendo a la persona amada con

el placer que les procura, con el deleite que les ofrece o, en el mejor de los casos, con la emoción que les provoca.

Son enamorados, sí, pero no de una persona, no de una amada, sino de su propio enamoramiento, de la emoción de sentirse enamorado. Y qué peligrosa es esta desviación: porque el día que mengua el sentimiento (y ese día llega), la tentación llama a la puerta indefectiblemente: *esta mujer (este hombre), ¿para qué la quieres si ya no funciona? Ya no sientes lo que quieres sentir con ella... ¿A qué esperas? ¡A por otra!* Nadie lo dirá tan groseramente, claro, pero, al cabo, ése es el resultado: la instrumentalización del amado, su cosificación y sustituibilidad, deja de ser persona y se convierte en una cosa, una cosa fungible, intercambiable, como el dinero.

Hay otros, los menos (hay que decirlo), que con buena intención se sitúan en el otro extremo y, como en el pensamiento humano el movimiento pendular es muchas veces inevitable, magnifican la voluntad, la aíslan y la convierten en el motor exclusivo y excluyente del amor. Hay que amar a pulso, se dicen, y tienden a separar voluntad y sentimientos, hasta renegar de éstos.

Entonces suele emerger una contraposición peligrosa y casi siempre artificiosa: el amor romántico contra el amor de voluntad.

Pero sucede que la persona humana es una e indivisible, cuerpo y alma a la vez, materia y espíritu al mismo tiempo. Y es verdad que la voluntad, libérrima, es su potencia estrella, pero no lo es menos que el papel de la voluntad no consiste en amar como los ángeles, sino en amar como los hombres, material y espiritualmente.

Por eso, cuando, como dice Mangano, *la voluntad quiere lo que el enamoramiento le propone, entonces nace el amor.*

Entonces sí; entonces la voluntad se pone en marcha en la buena dirección, no para amar sin sentir, sino para fortalecer, provocar, re-crear (volver a crear) el sentimiento anémico. Ése es el papel fundamental de la voluntad en el amor humano: ¡provocar la emoción, el sentimiento, la pasión!

Dice Enrique Rojas que *un hombre sin pasiones no es un hombre* y nuestro objetivo de amantes es encauzar esas pasiones, *optimizar los sentimientos* (es expresión de Yepes), y conducirlos a lo mejor, a nuestro amor. Todos hemos conocido grandes enamorados (de Dios, de la Justicia, del Bien, de la Libertad), y esas pasiones, tan arraigadas en los grandes hombres, no menguan, ¡crecen y se fortalecen con el tiempo! Para cualquier persona casada, su cónyuge es, ha de ser, su gran pasión.

Ahora bien, para evitar que la calidad de nuestro amor se rebaje y acabe siendo mero cariño (necesario, pero insuficiente) hay una premisa ineludible que forma siempre pareja con la voluntad: la libertad. Como insinuaba al principio, éste es una de los grandes dilemas de nuestro tiempo: la incapacidad de amar.

El matrimonio es sólo para espíritus soberanos, libres, en el sentido pleno de la expresión. Los esclavos no pueden casarse. Un esclavo no puede hacer lo que quiere, porque una voluntad más fuerte que la suya (la de su amo) decidirá su futuro. En cambio, una persona absolutamente libre es capaz de poseerse cabalmente (todo su presente y todo su futuro) para entregarse a otro (¿cabe mayor acto de libertad?). Lo expresa con claridad Tomás Melendo: *la persona dominada por las pasiones, por el ambiente, por los vaivenes de un humor incontrolado, esa persona, si no lucha por dominarse, es incapaz de amar. Sólo quien ejerce el señorío de su propio ser puede, en un acto soberano de libertad, entregarlo plenamente a los otros, al hombre o mujer elegidos.* El esclavo no puede amar..., aunque quiera.

Si esa voluntad libérrima decide sentir, sentirá, porque será capaz de despertar al entendimiento (que tan a menudo se adormece en cuestión de amores) para que le presente las bellezas del amor y para que halle las fórmulas, las tácticas, las estrategias que fortalezcan el amor ("su" amor) y lo hagan cabalmente humano, es decir, total y para siempre, con supresión de toda reserva. Y el sentimiento actuará entonces, en feliz expresión de Tomás Melendo, como lo que ha de ser: *la prolongación de la voluntad*, y tirará de ella cuando acaso titubee.

Esta mutua alimentación entre voluntad y sentimiento es esencial en el amor humano. Sobre este sólido fundamento es seguro edificar, aunque conviene

escoger los mejores materiales. Hay muchos y muy buenos. Algunos podrían ser éstos:

1.- Si quieres que tu cónyuge mejore en algo, cambia tú primero... esto siempre es posible, y no esperes a que lo haga ella (él), aconseja Ugo Borghello.

2.- El compromiso en el amor es la felicidad del otro. La propia (en la medida en que se puede alcanzar en esta vida) sólo se encuentra a condición de olvidarse de ella. Es como el sueño en una noche de insomnio: cuanto más empeño se pone en aprehenderlo, más esquivo se hace. Parece una paradoja pero funciona así: cuando hago felices a los demás, soy feliz.

3.- Hay que elegir cada día a los que amamos. El test es fácil; basta con contestar cada noche a estas dos preguntas: ¿La he querido hoy? ¿Lo ha notado? Si una de las dos falla, algo hay que revisar.

4.- Establece, sin fisuras, la presunción de inocencia en tu matrimonio. Lo enuncia así Aaron Beck: *aun cuando sus acciones estén equivocadas y me haya hecho daño, supongo que tiene buenas intenciones y no quiere herirme.* ¡Igual que sucede con mis equivocaciones! Si nuestra mente no actúa de esta manera, la paranoia está asegurada.

5.- Hay que traer a casa las cortesías y atenciones que usamos fuera de casa. ¿Acaso no aprenderíamos a conducir por la izquierda si viviéramos en Inglaterra?, ¿o no pasamos con facilidad de los tres pedales del cambio manual a los dos del automático?... Pues en las rutinas domésticas, lo mismo: sólo es cuestión de entreno... y de amor, claro. No hay riesgo de dejar de ser nosotros mismos por ir incorporando o arrancando de nuestro panorama vital aquellos detalles que más gustan o molestan a nuestro cónyuge..., a no ser que confundamos personalidad y manías.

Cinco es un buen número, mucho, muchísimo más podría decirse, pero, por esta vez, lo dejaré aquí. Tan sólo un apunte final: no hay amor sin perdón. Y tampoco habrá reconciliación, y sin reconciliación no hay avance. Es mejor acostumbrarse a perdonar, porque erradicar del todo la ofensa no es humano... y, por ahora,

somos hombres. Pero el perdón ha de entrenarse a salir rápido, casi espontáneo, porque si dudamos un momento, entra en juego el orgullo, siempre al acecho, y el perdón se retrae enseguida con el riesgo de que perdamos la mejor ocasión de mejorar en nuestra relación: cada perdón ofrecido y acogido (que no siempre es fácil) es un paso de gigante, es la prueba definitiva del amor, con perdón.